

Carta desde Ponferrada de Antonio Pereira a la ESTAFETA LITERARIA

POR UNA FIESTA TOTAL DEL BIERZO

ANTONIO PEREIRA

Desde la aurora precoz estaba el sol encendiendo en los montes: sus higueras, de fruto humilde, el rojo de las cerezas y la extensión aún verde del centeno

Un hombre ha caminado leguas que en primavera se hacen casi felices, si se comparan con el penar de la invernía. Lleva hacia la “villa” -Villafranca- sus pequeños bienes, que luego le valdrá para comprar otros, también simples y necesarios. Antes de iniciar sus tratos, apenas dicho el “Buenos días nos de Dios”, el paisano, con temblor en el acento berciano de sus palabras, hablaba de una catedral acosada por el fuego. Era verdad: la catedral de León había alertado aquella noche al mundo entero. “Lo oímos por la radio de Ponferrada”. Yo miré con emoción a aquellos ojos inquietos por una hermosura que no había visto, que acaso no puedan ver nunca por más que esté plantada en tierras de la propia provincia. Y pensé en esa voz que había llevado la noticia hasta la aldea remota y separada. Mandar un mensajero hubiera costado largas horas por los montes y caminos. De una cierta manera que no nos basta, que no puede bastarnos, allí las gentes sienten la capitalidad de Ponferrada: ¡Ponferrada!, con sus tiendas luminosas, y sus cines, y sus médicos y la sangre de repuesto para las malparidas y los heridos...

Sí, casi un milagro, que ya no lo parece, a fuerza de costumbre: “Lo oímos por la radio de Ponferrada”. Algún día escribiremos de las antenas que cubren la comarca, alternando la alegría y el ritmo con la información y el consejo. Hoy nos apremian otros motivos, acaso suscitados por aquel recuerdo: reflexiones sobre la hermandad regional en el gozo de las ferias, aunque también en la aventura callada de cada día.

Yo doy fe de que la idea del Bierzo como entidad poderosamente definida - herencia, ya se sabe de largos siglos de historia- recibe ahora el refuerzo que le presta una generación fervorosa. No siempre se ha proclamado con tanta fuerza el valor de lo autóctono. En la ciudad de Ponferrada, como en Villafranca y otras villas del país, hay hombres que se unen para avivar el fuego bercianista muy por encima de cualquier localismo receloso, sin que falte la adhesión de quienes han dejado físicamente su tierra para escribir, pintar o trabajar en otra parte. Obras de escritores nuestros vienen acrecentando el censo bibliográfico español con una frecuencia quizá sin precedentes. Los medios informativos, cada vez más rápidos y puntuales, contribuyen sin cesar a la propagación de lo berciano: se abrirán los periódicos de la provincia y no dejará de saltar en seguida el espacio del Bierzo, servido por corresponsales infatigables en el entusiasmo. Acontece lo mismo con programas radiados, revistas, publicaciones de



más espaciada salida. Y con menos aparato exterior, cual corresponde a sus fines y a sus medios, alguna institución que atiende a temas especializados como tradicionales, folklore, lenguaje...

Sobre estas realidades, bien podemos certificar que la exaltación de lo berciano está ahora en el ambiente. Mucho más en este verano generosos de frutos, umbral de unas fiestas que se nos prometen de bienandanza.

Sí, hablemos de las fiestas.

Signo de nuestra época es la superación de conceptos que se han quedado raquíticos. Como las naciones se dirigen hacia estructuras agrupadoras, así las villas y ciudades de una región natural han de aunar sus recursos para regocijarse y para vivir, sin perder por ello ninguna de sus peculiaridades. Hora, la nuestra, de cooperación donde apenas podrán subsistir el oficio aislado, la parcela individual, el lagar que no vierta su mosto junto a otros mostos vecinos.

Por esto postulamos unos festejos a tono con el Bierzo de nuestro tiempo. Aunque su realización requiera etapas que se cubrirían en años sucesivos, hay que pensar ya en una fiesta grande del Bierzo, con actos a celebrar en las localidades más idóneas para cada caso Jornadas que serían para la fraternidad de campesinos y mineros, hombres de la viña y del taller, los que pisan el asfalto de la ciudad y los que bajan desde las aldeas, quienes entroncan con León por las nobles tierras maragatas y ya lindantes con la musical presencia de Galicia.

Esta cooperación -conviene resaltarlo mucho- en nada afectaría a la continuidad de las fiestas tradicionales y propias de cada lugar, que seguirían su pauta de siglos. Se lograría, esto sí, potenciar aún más la idea del Bierzo como entidad diferenciada. Y entonces, en feliz añadidura a nuestros esfuerzos, veríamos crecer el número de quienes ahora nos visitan, llamados por la belleza del paisaje o por la importancia de los monumentos de nuestras gentes.

No escatimemos la ocasión del júbilo, pero hagamos también –y sobre todo- la fiesta total y cotidiana de un Bierzo justo. Porque la alegría deja de serlo cuando no es de todos y para todos.

Hay que destacar el relieve de nuestra región, más no solo en exaltaciones históricas o en líricas alabanzas, sino humanizando la vida diaria de todos los pueblos; abriendo vías andaderas a sus hombres; procurando que no se pierda el rapaz que acaso hoy mira desde sus montes las luces fabulosas de Ponferrada y un día podrá ser si le ayudamos, el ingeniero que haga los caminos o el poeta que los cante...